

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

**RECURSOS HUMANOS PARA LA SALUD,
Y LA EDUCACION MEDICA EN COLOMBIA—
Asociación de Facultades de Medicina—Bogotá-
Colombia.**

Este libro contiene una serie de apreciaciones no solamente científicas, sino realistas. Porque desde hace varios años, con noble empeño, las Facultades de Medicina de Colombia han roto la cáscara de un anacronismo sin vigencia, para ver de cerca el problema del hombre colombiano. Muy semejante, en cierta forma al que contemplan todas las naciones de Sur América. En verdad, nuestro pueblo, que fue redimido del coloniaje español, ha estado al margen de las conquistas médicas que le permitan una vida más digna y ennoblecedora. No se trata de planificar en el vacío, ya que con la lectura de esta obra, amarga es cierto, se llega a la conclusión de que el indio cauteloso de pie descalzo y las clases medias económicas, carecen de la protección de su salud que es indispensable para su pleno desarrollo mental y físico. Grandes masas situadas a la orilla de todos los adelantos médicos encontramos por todo el territorio colombiano. Millares de campesinos, aquellos de las aldeas remotas, carecen de puestos de salud, de higiene, de servicio asistencial verdadero. En esta forma, minadas en su salud, presentan cuadros amargos y dolorosos que ya es hora de remediar. Para nadie es un misterio que las estructuras encargadas de velar por la salud del pueblo colombiano, han sido superadas por una realidad que desborda. La demografía cumple su tarea en forma implacable. Aumenta en forma alarmante la población, pero carece de toda protección en aquellos órdenes que son necesarios para el desarrollo pleno de la personalidad.

La mortalidad, como se comprueba en este magnífico libro, continúa siendo alta, precisamente porque se carece de una política de salud eficiente y dinámica. Pueblo mal nutrido, que trabaja de sol a sol, encorvado sobre el surco. Niños canijos que van a las escuelas sin alimentación adecuada, tempranamente frustrados. Inmensas zonas nacionales en las cuales no existe servicio médico alguno o si se halla, resulta exorbitante por el valor de drogas y asistencia médica y hospitalaria. Para todo pueblo antes que todo debe prospectarse una política sanitaria de largo alcance. Los campesinos viven casi como animales. Desnutridos, vegetan en un medio carente de todas posibilidades para el pleno cumplimiento de sus funciones. En el país tenemos apenas siete mil médicos para una población de 19 millones de compatriotas. Este solo dato habla muy claro de la dramática situación que vivimos. Y antes que suntuosas avenidas, monumentos, pirotecnia, necesitamos defender al hombre, porque él es la razón misma de la nacionalidad. Por todo ello, resulta útil la lectura de esta obra en la cual se consignan datos escalofriantes. Mientras la educación, la salud y la despensa sean gozo y privilegio de una minoría, no podremos hablar de pleno desarrollo de la nacionalidad.

Por tanto, importa mucho la lectura de esta obra, verdadera radiografía de un sordo drama secular. Y que el Estado emprenda en grande la búsqueda de los medios para salvar al pueblo. Todo lo demás son prospectos, frases, coloquios de circunstancias.

* * *

ESCRITOS LITERARIOS—Por *Rafael Maya*—Ediciones del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica—Bogotá-Colombia.

Sorprende en verdad la capacidad crítica del maestro Rafael Maya. Inagotable su capacidad de análisis, su penetración lúcida en los temas tratados. Nada en esta obra suya es fruto de la improvisación, alegre juego de palabras. Porque Maya entiende claramente su misión. Sin ella, nuestros pensamientos y acotaciones son aves de vuelo corto y corralero. Anchos estuarios de la cultura ha analizado el insigne payanés. Interesado por la cultura colombiana, a ella ha ido directamente, mientras otros diletantes viajan por el mundo en busca de exotismos, nombres raros, deslumbramientos eruditos. Es preciso hallar contorno a

la geografía y la historia. Que no son oxidadas herramientas de museo, sino formas esclarecedoras de nuestra propia conducta. Y afincarse en lo propio. Sentir lo nacional, en sus verdaderas esencias. No apartarse del suelo nutricio y de su mensaje. Así lo cumple este lírida cuya obra honra no solamente a Colombia sino al continente.

Lo demuestra este nuevo libro de Maya. Siempre en trance de descubrir lo verdadero de una obra, sin dejarse cegar por luces falsas, por abalorios elementales. La crítica literaria exige paciencia, docencia e independencia de criterio. Que es precisamente lo que hallamos en Maya. Su madurez intelectual lo mantiene en expectativa. Y lo falso, lo que a otros enceguece, a él le produce una ligera inclinación. Muchos dioses del olimpo literario han muerto, algunos de "un accidente de crepúsculo" como escribiera Jorge Spire. Vargas Vila no es ese Júpiter tonante, dispensador de la buena o la mala fortuna. Es sencillamente un escritor que manejó el panfleto y vivió de acideces y acrimonias. Sus novelas, lo dice Maya, no resisten hoy el menor análisis. Su cursilería es manifiesta. Acaso algunos de sus "panfletos" se salvan del implacable olvido.

El tiempo es el gran sedimentador de culturas. Lo que ayer nos deslumbraba y azogaba, puede ser hoy, para nuevas gentes, materia inerte, material de relleno. Maya ejercita la crítica a distancia. Es peligroso acercarse demasiado a las cosas, porque perdemos la perspectiva. Y caemos en el grave riesgo de no entender cabalmente el mensaje de un escritor. Maya no es hombre de pasiones al rojo vivo, ni ejerce la crítica como un ariete o un martillo sobre la cabeza de sus convocados. Sencillamente va dilacerando la carne de los libros, para saber qué se salva y cuánto es preciso arrojar por el escotillón.

La crítica literaria es acerba y rudimentaria entre nosotros. Se endiosa o se arroja al fuego de las calderas en plena llamada, aquello que no nos gusta. Criterio infantil. Porque el crítico no debe nunca juzgar el pensamiento de otros hombres, según una regla de afectos, pesas y medidas que maneja para su uso privado. Es preciso ser honestos. Buscar, escarbar, encontrar la verdad última.

Rafael Maya así lo ha hecho. No se precipita a juzgar. No vive de amores o de odios. La obra ajena es preciso juzgarla sin que en tal tarea entren nuestras aficiones, gustos o desvíos.

Que generalmente es la manera como nos situamos frente a un libro. Emboscados en nuestros prejuicios o encaramados sobre la cucaña de la lisonja. Cautela, orden, método, análisis. Todo esto y mucho más hallamos en la nueva obra del maestro Maya. Sus retratos de Silva son sencillamente admirables, como su estudio del costumbrismo colombiano. Tan despreciado por algunos literatos afortunados que hacen tabla rasa del pasado literario de Colombia, como si con ellos naciera apenas la topografía de las ideas y de los sentimientos líricamente expresados.

Este libro, medular, grave y hermoso, merece ser leído por los colombianos que se interesan por la suerte de nuestro destino como pueblo en busca de su propia fisonomía espiritual.

* * *

LA COMUNIDAD DE PESCADORES DE
HONDA—Por *Fernán Torres León*—Centro de
Estudios Sociales CEDES—Bogotá-Colombia.

Fernán Torres León representa y tipifica pudiéramos decir, apurando el sentido de la expresión, al hombre de letras que investiga honestamente la realidad colombiana. Por lo demás, no hay otra forma de acercarse a la problemática nacional, su pasado, presente y futuro. Investigador serio y responsable, nada deja al simple banqueteo verbal, a la intuición o a la imaginación. Acota los hechos y saca sus conclusiones. Muy personales es cierto, pero de gran valor intelectual. Lo prueba este nuevo libro suyo sobre la comunidad de pescadores de una de las regiones más bellas de Colombia: la ciudad de Honda. Analiza Torres León la vida de aquella comarca, sus grupos étnicos, su importancia como núcleo social, arrancando desde el tiempo de los aborígenes. Va analizando, comparando y escrutando realidades.

Es cierto que algunos catedráticos universitarios investigan aspectos de nuestro pueblo, rastrean en sus orígenes etnológicos, descubren sus taras y pesadumbres seculares. Pero muy pocos con la originalidad y la fuerza dialéctica del autor de esta magnífica obra. Ya va siendo hora de dejar a un lado la improvisación. La universidad tiene una obligación con la sociedad colombiana: investigarla, deducir consecuencias, buscar caminos esclarecedores. Porque es la única que está en condiciones tanto intelectuales como materiales para hacerlo. La universidad, y lo

afirma con toda razón el autor de esta obra, no puede anquilosarse, cerrarse aún más, cuando los problemas nos punzan por todas partes.

De ahí que Torres León haya salido a la búsqueda de esa gama de dificultades, absorciones, latentes frustraciones que contemplamos a medida que nos adentramos en el tema colombiano. Y su tarea ha sido espléndida por los frutos alcanzados. La investigación cumple así su función esencial, que consiste en darnos la verdad de Colombia, sin tapujos o alegres farsas de comediantes. Esta obra es una muestra elocuente de esta afirmación.

* * *

DON SANTIAGO PEREZ—Biografía de un carácter—Por *Antonio José Rivadeneira Vargas*.

Don Santiago Pérez, estudiado amorosamente por Antonio José Rivadeneira Vargas, es sin duda alguna, una figura cimera de la patria. La verdadera, aquella que llevamos sumergida en el corazón. Para la cual soñaron y amaron estos varones plutarquianos, que jamás transigieron con los logreros, los indiferentes y los neutrales. Que se equivocaron es cierto, pero de buena fe. Románticos empecinados pelearon las batallas campales por la libertad y fueron irreconciliables enemigos de toda forma de tiranía. En un tiempo en el cual Colombia se fundía en nuevos moldes, combatieron las injusticias y defendieron el coto de su intimidad con noble austeridad. Don Santiago Pérez fue víctima como otros hombres de su mismo partido y del conservatismo, de befas, odios, incomprensiones. Eran los tiempos. Más aún son las consecuencias de la vida política que desuella, quema y pretende reducir a la infamia a los hombres puros que se acercan a su ruedo.

Don Santiago Pérez no fue violento y fue acusado de tal. Caviloso y sensato, creía en la bondad de las ideas. Es cierto que algunas de las suyas, no eran geoméricamente la pasión y dimensión de Colombia. Pero fueron suyas, defendidas con honestidad. Sufrió persecuciones, la virulencia de este trópico enardecido, lava ardiente que nos sepulta muchas veces, pero de ellas salió purificado y engrandecido. Desterrado del suelo natal, nunca dudó un momento de las virtudes cardinales de Colombia. Se templó en el fuego del sufrimiento. Cuando su partido político

enalteció su obra de gran escritor y combatiente, estaba ya bordeando el sepulcro. Tarde llegaban los laureles, porque el crepúsculo definitivo envolvía ya al gran colombiano.

Rivadeneira Vargas ha sido un enamorado de la vida y obra de este insigne patriota. Lo sigue desde Zipaquirá, ciudad hermosa donde la sal no permite la corrupción, hasta el final desencanto. Una labor seria, de un historiador que conoce su tarea y sus riesgos. Por todo ello, esta obra es magnífica contribución al esclarecimiento de un tiempo turbulento y de los hombres que intervinieron en esos días amargos, en plena confusión ideológica.

Santiago Pérez sale enaltecido de esta obra, que su autor ha dedicado a dos insignes colombianos: a nuestro maestro del Externado de Derecho, ya callado para siempre, doctor Ricardo Hinestrosa Daza y al ex-presidente doctor Eduardo Santos, uno de los mejores hijos de la democracia colombiana.

* * *

FRANCOIS VILLON—Por *Andrés Holguín*
—Ediciones Universidad de Los Andes—Bogotá—
Colombia

Suprema autoridad y rigor mental tiene Andrés Holguín para ocuparse de Francois Villón. Porque si hay un colombiano que haya trasegado con fortuna por el ancho estuario de las letras francesas ha sido este escritor. Sus conocimientos de la literatura francesa, de todos los tiempos se hace presente y patente en numerosos ensayos suyos, y, en su misma prosa, concisa, de rigor cartesiano. Además, la empresa de rescatar a Villón, y, aún más, de verter sus poemas al idioma español, conlleva graves riesgos. Ya que el lenguaje del gran poeta, de tenebrosas ternuras y ardores luciferinos, desapareció de Francia antes del Renacimiento. De manera que el escritor y crítico que pretenda libremente traernos sus propias versiones del “pobre Villón”, tiene que poseer una gran cultura y un auténtico conocimiento histórico de aquel lenguaje ya perdido en el tiempo.

Villón fue, además, el poeta de lo popular francés, de las barriadas miserables, de esa picaresca y truhanería parisiense cuyo espíritu, porque lo tenía, define toda una época. Que es preciso rastrear con amorosa paciencia. Villón cantó a sus amigos,

los bufones, truchimanes, pícaros, astrosos payasos de un tiempo infernal. Como ellos fue también homicida, ladrón, mentiroso, toda la terrible levadura humana de los sin esperanza. Pero su genio poético es inconfundible. Del estercolero brotaban la llama y el ardor, la pasión y la luz intelectual.

Andrés Holguín ha realizado, en consecuencia, un trabajo de rescate verdadero, admirable. Esas baladas tristísimas o ese mundo fosforescente, pícaro, iluminado por la bohemia, nos lleva a un tiempo histórico en la Francia siempre resplandeciente y rescata a un poeta obscuro, fatal, germinal y creador.

* * *

LA GUERRA INTERIOR—Por *Eduardo Mallea*—Sur. Buenos Aires.

Hemos recibido de Buenos Aires esta nueva obra de Eduardo Mallea. Nos la envía un viejo amigo, Ignacio Paciello, poeta y dramaturgo. Como toda la obra de Mallea, desde *Todo verdor perecerá*, hasta *La red*, última obra publicada por el escritor argentino, vibra en ella la densidad de su mensaje, la acerba desolación, el camino solitario para encontrarse a sí mismo y la verdadera dimensión del mundo. Aquí Mallea se confiesa en voz alta. Una forma de tocar el fondo de la propia personalidad y hallar un escape a la angustia, al drama interior, a los socavones del alma. Veinticinco años después de una labor tenaz, creadora y de hondo conflicto vital, Mallea habla de sus experiencias, de las mudas presencias, de los días que no volverán nunca. Su pluma, de una deslumbrante certeza, ahonda en su destino de escritor. Es preciso, lo dice, tomar la vida como un combate, con el ángel o con el demonio. Lejos del esteticismo puro, del cisne rubendariano. La hora es del monólogo, del pensamiento de Hamlet, con sus dudas y sus desgarraduras de la conciencia. Testificar, llevar criaturas verdaderas a los libros. Es un trabajo amargo, porque la felicidad no existe, el optimismo es flor de un día, solamente quedan dudas y llagas. La soledad es el clima moral de los personajes de toda la obra de Mallea.

Un clima terrible, amargo, donde flotan hongos venenosos. La vida es un pudridero y la historia solamente recoge despojos. De esperanzas, de sueños, de quimeras. Pero es preciso comprender el mundo, la verdad existencial, el horror de muchos desier-

tos. Mallea, en prosa magistral y conductora, lo va contando a sus lectores. Sin claudicar nunca frente a las circunstancias, a la gloria pasajera. Dice que no pretendió ser nunca maestro, ni guía de nadie. Pero no obstante esta afirmación que es cabalmente honesta, su obra es conductora, tiene substancia, alimenta como el pan dorado de las viejas feligresías.

A diferencia de otros escritores americanos, su pluma testifica, enseña, aunque muchos de sus personajes nos muestren una desolación sin límites y sus lágrimas nos los hagan ver en su desnudez patética y su quejumbre que es universal, como el amor, el dolor, la muerte. Prosa egregia esta. Mallea comprende el significado trascendental de escribir, de pensar, de jalonar un universo de ideas. Y su mensaje es de una austera calidad.

Muchas veces, dialogamos con el autor de *La sala de espera* y *Las águilas*, en su sencilla oficina donde redactaba el suplemento literario de "La Nación". Cerca estaba el sillón donde se sentaba Leopoldo Lugones, el maestro de *La guerra gaucha*, con su rigor mental y su odio hacia los adocenados y los tibios. Mallea hablaba lento, pero cada una de sus frases era sentenciosa, grávida de inquietud por América y su destino. Este libro suyo nos confirma todo lo que ha sido su vida, su batalla, su tarea docente y sus frutos espléndidos y ya universales.